

ta y buena. No era este ejercicio tan vicio, que no era de mucha importancia, porque todos criaban y tenían caballos y armas, y estaban muy ajilitados en ellas, y es una de las fuerzas de aquel reyno, los caballos; y así, mediante ellos, despues de la voluntad de Nuestro Señor, fueron los que más efecto hizieron en la conquista y pacificación de todo aquel Nuevo Mundo (35). Dizir todas las cosas que se le conocieron buenas al buen caballero don Luis de Velasco, primero deste nombre, virrey y capitán jeneral de la Nueva España, será proceder en infinito: la falta que él hizo en la tierra bien se a echado de ver en lo sucedido en ella, despues qué él murió.

Despues de aver los dos virreyes acordado lo que abian de hazer, que fué el yr don Antonio al Pirú por virrey y don Luis quedar en la Nueva España, se despidieron el uno del otro, y cada qual de allí se fueron á servir á su magestad en sus cargos, como se les abia mandado.



CAPÍTULO XXVI,

que trata de la llegada del virrey don Luis de Velasco, primero deste nombre, á Mexico, y de algunas cosas que sucedieron con su llegada.

DESPEDIDOS los dos virreyes, prosiguieron sus viajes, el uno para Pirú, el otro á Mexico, donde tenían muy gran recibimiento al virrey don Luis, con el qual fué recibido, como es costumbre hazello á todos los que van con semejante cargo. Presentó sus provisiones, y hizo su pleytomenaje, y dende allí en adelante venian cada dia de todo el reyno los señores á dalle la ubidiencia. Luego, á los primeros meses de su gobernación, pareció venia diferente de lo que despues fué, y andaba la tierra descontenta, porque echaban ménos al virrey don Antonio, al

qual tenían ya por padre y le conoçian munchos años abia, y le querian en extremo, á él y á su hijo don Françisco de Mendoça, á quien tenían los caballeros moços como á hermano, y él los onrraba y entretenia con munchas fiestas y regozijos; mas el nuevo virrey se dió tan buena maña, que á pocos años suçedió en amor á estos dos señores, porque si don Antonio los abia amado y hecho merçed, don Luis los quiso con las veras que emos dicho, y si tuvo hijo, que fué don Françisco, que regozijó la tierra y fué hermano y amigo de los caballeros moços, don Luis tuvo otro, ques oy vivo, y suçedió á su padre en ser virrey, que lo es al presente, el qual fué más que hermano, y gastó en fiestas y regozijos muncha suma de ducados sin tener consideraçion á enriqueçer, como don Françisco, que fué muy rico en la Nueva España, sino antes dió lo que su padre tenia; y así, quando murió, dejó muncha deuda, de más de çinquenta mil ducados.

Procuró el virrey don Luis primero, y áun dizen lo escribió á su magestad, el asiento de la tierra, para asegurarla del todo y por ver que cada dia se yba acabando, como en efecto se acabara si no fuera por el benefiçio del azogue en las minas, queste a sustentado; porque en tiempo de don Antonio no se sacaba plata sino por fundiçion, que abia metales muy ricos, que acudian á diez y á veynte marcos y á çinco, y el que era á tres tenían por pobre, y abia en aquella sazón munchos esclavos yndios: acabáronse, que se libertaron, y los metales de fundiçion. Proveyó luego Nues-

tro Señor el benefiçio del azogue, con que se a sacado la plata que la tierra a dado y da, porque los metales y minas que no se hazia caso dellas, son y an sido despues acá riquísimas, que son las que se labran dende una onça para arriba. Realmente fué permission de Dios, y particular merçed la que á las Yndias hizo, de manifestar el benefiçio del azogue y llevarle á aquellas partes, porque sin él ya no ubiera plata, ni oro, sino el que quisiera comer, sembrar y cojer, y así, con esto, es de ver la plata que se saca.

An enriqueçido munchos con lo que echaban á mal de los metales, que son los desechaderos; es desta manera: quando se benefiçiaba el metal por fundiçion, los que dejaban, que no tenían la ley que bastaba para fundirle, echábanlo á mal, y las orruras de las çendradas, y veniase á hazer un terrero de aquello; que abia muncha cantidad de quintales de metal desechado. Y como vino el azogue, y vian sacaba plata de tierra simple, á manera de dizir, vino un clérigo en las minas de Pachuca, y ensayó un poco de metal de aquellos desechaderos, y vió que le abia acudido á más de á tres onças; y vase al señor de aquel terrero y dízele:—Vendéme aquel desechadero que teneis, que le quiero para çierto negoçio.—El otro, que no le tenia en nada, vendiósele por çien pesos, que son ochoçientos reales, y hazen su escritura carta de venta, y compra azogue y da en benefiçiarlo, y empieça á descubrir gran riqueza. Juróme un caballero que lo vió, que abia sacado más de quareynta mil ducados, y no valia lo que el clérigo tenia çiento. Yo le

conoció despues, que tenia una casa de obispo y fama de muy rico, porque compró otros, y en efecto él enriqueció y halló buenaventura, por lo quel otro tenia desechado. Yo hallo quel que a de ser rico, durmiendo le an de venir á buscar los bienes, como hizieron á este buen clérigo. ¡Y tenia el otro el tesoro en casa, y lo via por momentos y no le conoçia! Ello no era suyo y así no lo gozó, que lo huardaba Dios para el clérigo. De allí en adelante, an ydo sacando muncha plata de los desechaderos.

Una de las cosas que oy sustentan las Yndias son las minas, porque ellas dan plata al rey, y á los obispos, y españoles, y á los yndios, y el dia que faltaren se acabaron; y en verdad, que e visto labrar algunas minas, ques temeridad ver de dónde sacan el metal, que entiendo que de allí al ynfierno no debe aber nada: es cosa despanto, aunque cada dia se van descubriendo minas, que las ay munchas, si no çesan los benefiçios, por las costas que son grandísimas (y todo se va en quintos y diezmos); los virreyes deben favoreçer mucho las minas, porque vayan en aumento y no se acaben, como lo hazia el buen don Luis.



CAPÍTULO XXVII,

que trata de algunas cosas que suçedieron en la Nueva España, gobernando don Luis de Velasco, primero deste nombre, y de la jente que envió á la Florida, y el suçeso della.

ABIENDO muchos años que gobernaba don Luis, le pareció hazer una armada para la Florida, y que la jente llegase á lo más que pudiese, hasta dar en lo de Çibola, que áun todavía ay esperanças ques buena tierra; y lo que hizo al virrey determinarse fué, que en la costa de la Florida abian dado al través unos navíos que yban de la Nueva España á la Vieja, los quales llevaban grandísima cantidad de oro y plata, y todo se hundió, y los hombres muchos dellos se ahogaron, y otros salieron á tierra y los yndios los mataron. Fué esta una de las grandes pérdidas que

tuvo aquella tierra, aunque mucha de la plata se cobró, porque envió luego el virrey don Luis á un caballero que se dizia Angel de Villafaña, á que la hiziese sacar, llevando buzos y con qué; y no fué de tan poco efecto que no se sacó mucha riqueza, porque los navíos dieron al través en la costa, donde halló suelo la plata, y se sacó y trujo á Mexico, donde era cosa de ver los pleytos que ubo para cobrar cada uno lo que abia enviado; y muchos quedaron medrados con la hazienda de los pobres que allí abian muerto. En conclusion, su principal fin del virrey fué poblar aquella costa para aseguralla de yndios y de franceses, porque algunos que rescaparon de la tormenta, loaron la tierra, porque anduvieron en ella muchos dias perdidos, y vieron los nogales y castaños y uvas montesas, que abia, y muchos yndios; todo esto ayudó á la determinación del virrey, la qual luego puso por obra, y empezó á levantar la jente, y nombró sus capitanes y jeneral, y dióse tan buena maña, que hizo una armada de muy luzida jente de á caballo y ynfantería, y muchos yndios amigos que fueron, y muy bien adereçados. Fué por capitan general, un caballero muy principal, don Tristan de Arellano; y puesta la jente en orden de caminar, salieron de Mexico con ella y empezaron á marchar para el puerto, donde abia navíos para llevarlos á la costa donde abian de desembarcar: fué el virrey con ellos hasta Tlaxcala y de allí se volvió.

Llegados que llegaron los soldados al puerto, se embarcaron todos muy contentos y con esperanza de que abian de

conquistar aquella tierra y ser para más que los que abian antes ydo, y así prosiguieron su viaje hasta llegar al puerto y costa donde desembarcaron sin abelles sucedido notable desgracia; y desembarcados que fueron, entraron la tierra adentro como quatro ó cinco lehuas (unos dicen más ó menos, no importa). Señalaron su sitio, y estuvieron en él sin pasar adelante ni atrás muchos dias; la jente era mucha, en la tierra no abia donde poder proveerse de bastimentos, y los que llevaban se les acabaron, que vinieron á pasar la mayor hambre que jamás se vió, y mortandad, porque dicen que en pié se cayan los hombres muertos de hambre: comieron de los caballos, que hasta las uñas no dejaban perder, luego dieron tras las sillas, y todo lo que era cuero se comian, hasta las correas de las espuelas. Preguntando yo á algunos soldados, quescaparon de este trabajo, cómo comian esto, me dizian que lo cozian en ahuas hasta gastalles el adobo, y luego le echaban una poca de sal, y les parecia la más regalada comida que abia en el mundo. Murieron muchísimos y los que quedaron no parecian sino que salian del otro mundo, y no de pelear, porque no se sacó espada ni disparó arcabuz contra enemigo, ni salieron de allí donde hizieron el primer alojamiento. Todo, dicen, se les yba los primeros dias en amores, que llevaron muchas mujeres, y lo que subió el valor de la carne para comer vino á valer tan barata estotra, que andaban á escojer; y en tal paró ello.

Poníanle mucha culpa al jeneral don Tristan. Yo oí su descargo, que dizia, quel virrey no le abia dado más orden

de aquella, que poblase allí donde alojó, y que no entrase la tierra adentro hasta qué le ynviase otra órden, y que no se la ynvió. Por esto, no se debian de dar tan limitadas estas órdenes, que por no eçeder dellas los jenerales se an perdido las armadas, y causado mucho daño, como emos visto no a muchos años, otra pérdida, que a venido á nuestra España, la mayor que a tenido jamás, que fué en la jornada á Ynglaterra en que fué por jeneral el buen duque de Medanasidonia; sino dejalles alguna facultad para que en ocasiones que se ofrezcan, se aventuren, segun la dispusición del tiempo, y lugar. Y este caballero don Tristan la tuvo buena para entrar la tierra adentro y poblar los puertos, pues llevaba tanta jente, sino que por estarse quedo lo perdió todo.

Luego como le llegó la nueva al virrey, procuró remediallo, y no pudo sin enviar más jente, y otro jeneral, porque la que abia llevado don Tristan ya era, la más, muerta, y la que quedaba no podia pelear de flaca, y no tenian con qué; y así envió á Angel de Villafaña, á quien abia enviado á sacar la plata de los navíos que en aquella costa se abian perdido, como dijimos atrás, porque sabia bien aquella costa y abia sido conquistador de la Nueva España, y dándole sus provisiones y jente le mandó yr á la Florida, donde don Tristan estaba, y se entregase de la jente y á él mandase volver á su casa. Por çierto, infeliçe jornada hizo este caballero, en la qual peleó poco, si no fué con la hambre. Y desde aberse entregado el Villafaña de la jente, fuese con ella y

con la más fuerça que tuviese á donde oy está poblado, que llaman la Punta de Santa Elena.

Embarcado que fué Angel de Villafaña y hecho á la vela, prosiguiendo su viaje le dió un tiempo al salir del puerto, que le llevó hasta desembocalle por la canal de Bahama, sin saber él ni los pilotos y marineros dónde yban, y á cabo de aber navegado muchos dias, y muy temerosos de dar á fondo y perderse, un dia vieron una vela, y pensando ser enemigos, arribaron á ella, y no eran, y preguntáronles que dondestaban, porque ellos venian sin cuenta y desatinados del tiempo. Ellos les dijeron, como abian desembocado la canal y se hallaban desotra parte, de lo que quedaron muy espantados, porque se vian en muy diferente derrota de la que abian de llevar, y muy lejos; y así ubieron de rodear el mundo y venir por la Dominica y por Sant Joan de Puerto Rico, y cuando llegaron adonde les era mandado ya se abian vuelto los soldados, cada uno como podia, y don Tristan, sin aber hecho cosa ni dejar poblado el Rio Grande, donde les mandaron, que fué la parte donde se perdieron las naos, á que abia ydo antes, como e diçho, Villafaña, á sacar la plata de allí, quedando él muy rico. Visto no poder poner por obra á lo qué yba esta segunda vez, se volvió á Mexico, donde halló ya á don Tristan, con el qual estaba el virrey muy mohino, porque le echaban á él todos la culpa.

Este fué el suçeso que tuvo esta jornada que mandó hazer para la Florida el virrey don Luis, de que tuvo gran pesar, y más quando supo que yngleses abian poblado y hecho

fuerças donde él abia mandado por órden de su magestad: sintiólo en extremo, y más porque yban las armadas y navíos que abian de yr á España, en grandísimo riesgo. Hizieron fuertes allí los yngleses en lo más prinçipal y de más importancia, que fué en la Punta de Santa Elena, y en San Agustín, y otro, y fué jeneral dellos un caballero que llamaban Juan Ribao, el qual andaba hecho cosario, y abia robado y saqueado mucho. Despues le tomó las fuerças y le prendió, á él y á su jente, y le dió destocadas el adelantado Pero Melendez: el cómo en otras historias lo hallarán, más de que, desta buena suerte, le yntitularon al Pero Melendez, de adelantado.



CAPÍTULO XXVIII,

que trata de cómo el virrey don Luis hizo otra armada para las islas Felipinas de la China, y de la llegada del marqués del Valle, segundo, don Martin Cortés, á Mexico.

ABIENDO ya pasado muchos años despues de aber venido don Tristan y Anjel de Villafañá de la Florida, por la nueva que abia de las islas Felipinas, que llaman de la China, acordó el virrey don Luis de Velasco de ynvíar jente á conquistallas, y poblallas, y acometió con la conquista á algunos caballeros y hombres ricos, y ninguno queria por aberse perdido tantas armadas como se perdieron en la Florida. Esta cudiçia, que haze hazer mucho, vino á açetalla un caballero que se dizia Miguel Lopez de Legaspi, el qual tenia de comer en Mexico, que era tesoro